



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 2 | Octubre 2020

# Reflexiones sobre educación desde España

Ignacio Rego Sánchez <sup>1</sup>

ignacio.resan@gmail.com

---

<sup>1</sup> Profesor de Geografía e Historia en el IES de Arteixo, Coruña (España)



### Lecciones en positivo de la pandemia

Mientras la mayoría de los países europeos ya han reiniciado la actividad educativa tras las vacaciones de verano y sortean con mediciones de equilibrista los coletazos de la pandemia, España, uno de los estados más afectados por la covid-19 se encuentra en pleno proceso de reincorporación definitiva a las aulas tras seis meses de educación a distancia.

En este momento de enfrentarse a la no siempre fácil vuelta a la realidad, son más las dudas que las certezas, y también más los retos y reflexiones que ante toda la comunidad educativa se presentan. Retomar la educación presencial con seguridad en medio de los rebrotes de la enfermedad y los miedos de progenitores y trabajadores de la enseñanza supone una complicada actividad de coordinación, responsabilidad y pedagogía.

No obstante, también de manera indirecta surgen interesantes posibilidades, tanto didácticas como organizativas, para un profesorado que ha debido afrontar en un tiempo récord y por el motivo menos esperado una de las

mayores revoluciones, al menos en términos metodológicos, de la escuela en los últimos tiempos.

En primer lugar, la crisis sanitaria ha constatado la imperiosa necesidad de dar solución a una de las grandes reclamaciones del profesorado en la mayor parte de los países a nivel global, bajar la ratio de alumnos por aula. En el caso de España, pese a existir sutiles diferencias entre comunidades autónomas (la unidad territorial equivalente a la provincia en Argentina), la cifra suele situarse en la elevada cantidad de 30 alumnos por aula, sin contar aquellos que repiten curso, por lo que en algunas ocasiones, sobre todo en centros educativos urbanos, la ratio puede alcanzar los 35 alumnos.

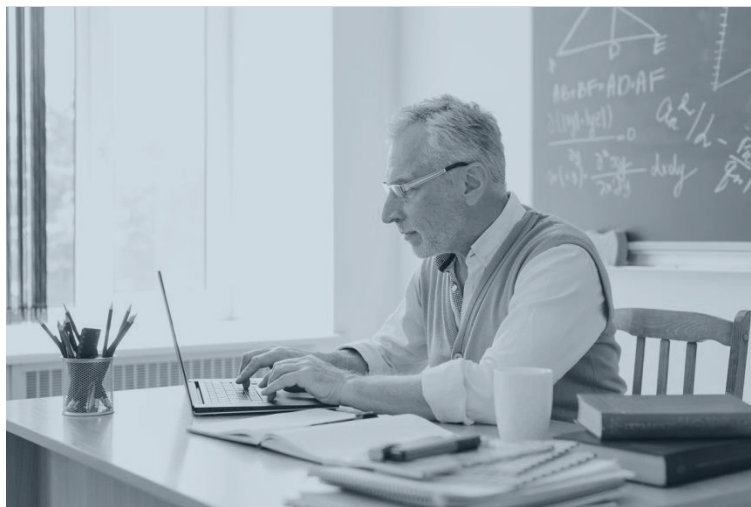
Debido a la amenaza siempre latente de los repuntes en la transmisión del coronavirus, las administraciones educativas han debido enfrentarse al reto de dotar de fondos económicos, espacios y docentes extra a los centros educativos para poder así desdoblarse grupos y mantener la distancia de seguridad entre alumnos.

Pese a que el origen de esta medida ha sido el miedo a la enfermedad y no la mejora de la calidad de la docencia, debe celebrarse el hecho de que la Administración haya constatado que, bien sea por un motivo u otro, bajar el número de alumnos por aula y profesor es una necesidad manifiesta. Sin duda, si este hecho llega definitivamente a materializarse y consolidarse, supondrá un importante avance en la calidad de la enseñanza.

Pedagogos, profesorado y asociaciones de padres, madres y sindicales vienen años reclamándolo, ya que está constatado que las dinámicas de aula, la atención y relación profesor-alumno, así como la implementación de una metodología educativa más individualizada, flexible e innovadora requiere necesariamente de un reducido número de alumnos por profesor y aula.

Aún así, ningún logro está garantizado si una vez superada la pandemia volvemos a la casilla de salida. A toda la sociedad le compete asegurar los avances educativos conquistados y en este sentido defender la idoneidad de mantener grupos reducidos, por seguridad y por pedagogía.

Pero tal vez la mayor oportunidad que la pandemia ofrece, o más bien obliga, es la necesidad de implementar la educación en línea (no necesariamente de manera exclusiva) utilizando las múltiples posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías, no siempre lo suficientemente conocidas ni aprovechadas. Aquí debemos hacer autocrítica y mirarnos ante



el espejo, reflexionando de todo el tiempo que hemos perdido en formación durante las últimas décadas y como esta desidia nos ha dejado en evidencia cuando el pasado mes de marzo medio mundo tuvo que confinarse.

Debe reclamarse que, por norma general, la Administración no fomentó lo suficiente ni dotó muchas veces de medios y plataformas digitales a los colegios, así mismo es de justicia reconocer que una parte muy importante del profesorado no se preocupó en el siempre necesario reciclaje metodológico y puesta a punta tecnológica, tan necesaria en pleno siglo XXI.

Al igual que un médico nunca debe dejar de estudiar medicina a lo largo de su vida, los profesores debemos aplicar la lección que repetimos a nuestros alumnos: nunca se deja de aprender. Una vez más la pandemia obligó a muchos profesionales a formarse a un ritmo vertiginoso y a enfrentarse a sus miedos tecnológicos en el peor momento posible.

Aprendamos la lección y empecemos en el nuevo curso a prepararnos y a incorporar a nuestro vocabulario docente herramientas y programas digitales capaces de acompañar a nuestro alumnado en su proceso de aprendizaje, habilidades que ayuden a ser esa guía fundamental que necesitan. La tecnología de por sí ni forma ni enseña, pero sin duda el uso de las TICs y la educación a distancia, al menos de un modo complementario, han llegado para quedarse y han demostrado ser herramientas altamente motivadoras y eficaces.

En este experimento sociológico en el que obligatoriamente nos vemos inmersos a causa de la pandemia, la educación virtual emerge como un recurso más que opcional. Si desde el pasado mes de marzo se pudo mantener una relación entre alumno y profesor, así como asegurar una continuación en el proceso de enseñanza-aprendizaje (habrá que analizar si lo suficientemente satisfactoria) fue gracias a los medios virtuales.

Todavía es pronto para evaluar su resultado y aquí caben todo tipo de opiniones y análisis, pero lo cierto es que el canal de enseñanza no se rompió y, en algunos casos sobre todo en aquellos con más formación tecnológicas de alumnado y profesorado, los resultados fueron bastante positivos.

En el momento actual corresponde a las autoridades dar soluciones y medios, así como a los profesionales y familias apoyar e involucrarnos para reducir la brecha tecnológica y hacer que esta nueva vía por explorar y exprimir llegue a todos. Sin duda la educación presencial es preferencial y necesaria por múltiples motivos de sobra expuestos, pero no debe desecharse un método que complementa y que manifiestamente aporta y funciona.

En España, en consonancia con Europa, las directrices educativas a comienzo de curso apuntan a reforzar esta vía, orientando que las primeras semanas de la vuelta a las aulas se utilicen preferentemente para la adquisición de conocimientos no consolidados durante el curso pasado así como para la utilización de aplicaciones virtuales, fundamentalmente del aula virtual que pasa a convertirse en la protagonista de las clases españolas y de medio mundo. Una vez más, consolidemos lo ganado y no desaprendamos lo adquirido durante estos meses de educación digital obligada.

Si en el futuro se puede hacer balance de lo ocurrido y reflexionar sobre lo positivo que dejó esta dura pandemia, que seguro que algo siempre se encuentra, ojalá sea la educación uno de los pilares de la sociedad del que se pueda decir que consiguió salir fortalecido. Seamos optimistas, quedémonos con lo bueno y seamos capaces de buscar entre el trigo amapolas y sacar de los peores momentos las más provechosas ideas.